

una vuelta de tuerca

Humberto Pérez-Tomé Román



SeKotia
EDITORIAL

Narrativa con Valores

A menudo se quedaba absorto mirando indefinidamente al monitor, con el cursor parpadeando sobre la última letra escrita. Un intermitente hipnotizador que le absorbía en sus devaneos mentales. Era como un juego de niños que a ratos le divertía y a otros le desesperaba. Y esos entremeses, llenos de dudas y respuestas nubladas, le permitían ver lo suficiente como para saber que la respuesta estaba allí, pero que al mismo tiempo le ocultaba la parte gruesa para no abandonar su empeño en descubrirlo. Y así llegó a ver que en las posturas opuestas, aparentemente válidas, el mal natural de las cosas se cebaba en su desesperanza.

Hans Looper García, es un periodista bien situado en la vida: éxito profesional, situación holgada, una familia estupenda y un matrimonio a pedir de boca. Sin embargo las cosas van a cambiar... ¡a peor! Su cómoda vida se convertirá en una cuesta abajo trepidante donde el éxito se vuelve contra él, su socio y amigo de toda la vida le vende, la sociedad le rechaza, los hijos le toman por loco y su mujer se aleja de él, y cómo no, el dinero se esfuma como lo hace el agua entre las manos. Sin duda un cambio necesario que provocará **una vuelta de tuerca** para reencontrar posteriormente la verdadera felicidad. Hundirse para levantarse. Perder lo que tienes, para encontrarlo todo.

La novela trata temas de fondo como el amor y el perdón, el matrimonio, la ética profesional, la libertad de luchar contra el pensamiento único y el azar como parte de los planes de Dios para que la vida sea plenamente vivida.

En una época de engaño universal, decir la verdad es un acto revolucionario. George Orwell



C/ Gamonal, 5 · 28031 Madrid
sekotia@sekotia.com
@sekotia

www.sekotia.com



una vuelta de tuerca

Humberto Pérez-Tomé Román

La vida no solo es una experiencia personal o compartida.

La vida sobre todo es la búsqueda de Dios.


SeKotia

Narrativa con Valores

A mi hija Begoña, que a sus pocos años,
con su vida y amor espontáneo,
me ha enseñado tantas veces a ser niño.

Gracias.

CAPÍTULO I

Esa mañana, cuando Hans entró en el despacho notó un aire eléctrico, chispeante. La sensación de que todo iba excelentemente, era patente. Los poros se inundaban de ese ambiente que te dice “No te preocupes, en este día, hagas lo que hagas, todo saldrá bien”.

Souck le saludó desde lejos, desde detrás de su monitor. Hablaba por teléfono y hablaban de él, de Hans. Quiso pararse un segundo para oír de qué hablaban pero, mientras se deshacía de su gabardina y la cartera, su línea del teléfono interior se encendió. Era Dam.

–Hans, ven inmediatamente, tenemos mucho que hacer. –y no dijo más, solo el sonido de la comunicación interrumpida.

Hans levantó las cejas extrañado y acudió. Todavía no sabía que el mundo había comenzado a moverse deprisa bajo sus pies. Souck le indicó con una seña que también él se reuniría con ellos enseguida. Su rostro sonriente no podía sugerir nada más que buenas noticias. Miró sobre su mesa, tapizada de *pósit* amarillos llenos de frases cortas: “*Bien, Hans, buen trabajo*”, “*Estás haciendo firma, Hans, me alegro por ti*”, “*Enhorabuena, chico, parece que vas aprendiendo*”... Eran algunos de los muchos mensajes recogidos por Souck. Su letra redondeada era la suya, no cabía duda.

Se dirigió al despacho de Dam, la “zona noble” como le gustaba bromear cuando hablaba con él. Dam y Hans se hicieron socios hacía casi veinticinco años. Dam era un periodista activo que emergió en la profesión en plena euforia de la caída del muro de Berlín. Entonces era

un joven ambicioso que siguió los pasos políticos de aquel acontecimiento y el papel desempeñado por Juan Pablo II, Solidaridad, Lech Wałęsa, ... Aquel puñado de hombres movidos por un líder religioso, y cuya arma era la fe. Aquello le impresionó mucho. No tanto como para convertirse al catolicismo de su empolvado luteranismo, al que no hacía caso de puro aburrimiento, pero sí le hizo ver por dentro que cuando algo se quiere, con esfuerzo, se consigue. Entonces conoció a Hans, un estudiante en el último curso de periodismo que en una conferencia en la universidad hizo una serie de preguntas comprometidas. Hans era un creyente activo. La energía de la juventud y los ideales de la inexperiencia, eran su carburante; la fuerza bruta que procuran los veinte años, su motor. Pelo largo y abultado, castaño, y todavía con algún grano rebelde que no terminaba de abandonar su adolescencia ya superada. Un universitario que no se achicaba ante el ambiente contrario de indiferencia y desprecio a los papistas, que ni profesores ni alumnos disimulaban. Al salir del aula de conferencias, un Hans sonriente y de mirada franca, hizo por encontrarse con Dam.

–Disculpe señor –dijo Hans extendiendo la mano para saludar–, le he preguntado sobre por qué cree usted que el muro ha sido tumbado por la fe y no por la guerra fría, y no me ha contestado.

Dam sonrió sorprendido por su audacia más que por la terquedad insistente. Un poco más de silencio, y no hubo respuesta, entonces Hans insistió:

–Me interesa mucho su opinión, porque considero que a este lado del muro estamos faltos de líderes para empezar a hacer las cosas como es debido, ¿no cree usted?

– Perdone, ¿cómo te llamas?

– Hans, Hans Looper García.

– ¿García?

– Sí, mi madre es española...

Dam elevó la mirada con algo de ironía. Quiso descubrir el punto fanático de un joven como aquel: “¡Claro, una madre española!”, eso lo decía todo. Le miró fijamente, pero con simpatía. Extendió su mano y la estrechó con fuerza. El rector presenció la escena sorprendido, pero

no se atrevió a romper el lazo recién nacido entre uno de sus alumnos, aunque fuese un cristiano, con uno de los grandes del momento.

—¿Vienes a tomar un café, muchacho? —le propuso Dam con cierta euforia paternalista.

Desde ese día no se separaron. A pesar de la indiferencia religiosa de Dam, sabía apreciar la valía de un buen periodista. Aquel café fue el descubrimiento de una nueva fórmula del periodismo: montarían una agencia de prensa con noticias, entrevistas y artículos que contarán las cosas como son, sin filtros del poder, sin manipulación política, sin chantajes financieros. Periodismo independiente. La esencia de la información, cada día estaba más ausente, debido a que los grupos de comunicación se convertían en un poder fáctico que políticos y financieros los querían para sí. El poder de la opinión pública era una golosina difícil de rechazar.

—Hans, siéntate inmediatamente. —dijo Dam de forma expeditiva.—
¡Buena la has organizado con ese artículo tuyo sobre la España emergente y el progresismo imperante! Nos lo han comprado de todo el mundo, el teléfono no ha parado de sonar, los mails están que arden. Ya lo has visto, Souck no tiene tiempo para tomar las notas de felicitaciones de nuestros clientes y lo mejor: ¡otros nuevos!

Hans no se movía del asiento. Se apoyó sobre uno de los brazos del sillón y sujetaba la barbilla con el puño cerrado bajo ella. Una sonrisa tímida dibujaba su boca. Pestañeaba lentamente. Pero las sensaciones por dentro subían de arriba abajo, como plumas de ganso, ligeras y cosquilleantes. Se sentía bien y era porque su trabajo se reconocía. La gente lo pedía desde todos los lugares del mundo, todos querían hablar con él.

—Bueno, supongo que no todos serán buenas noticias, alguien debe estar molesto con todo esto. —Hans trató de buscar el contrapeso que lleva siempre consigo el éxito.

—Sí, Hans, claro, eso pasa siempre, pero a nosotros nos interesan los que están contentos, ¡esos son los que pagan!

—Dime Dam, ¿quién se ha quejado?

–Pues el Embajador español, los periódicos a favor de su Gobierno y el partido en el poder, con un comunicado que ha provocado que subieran las ventas en Latinoamérica, ¡qué más podemos pedir, todo va mejor de lo que queremos!

Hans se puso en pie y paseó despacio sobre la moqueta de dibujos persas del despacho de Dam. Sobre la estantería había un pequeño trofeo de latón, ya un poco empolvado. Lo cogió, lo acarició y miró a Dam. Luego leyó despacio la inscripción como si la leyese por primera vez: *“Al reconocimiento del periodismo y la verdad. Berlín, 1990”*. Aquel año Dam había sido premiado por la Asociación de Periodistas Alemanes y el Canciller General Helmut Kohl, unos meses antes de despedirse del Gobierno, le había entregado un pequeño trofeo por sus méritos periodísticos. Dam sostenía un lápiz por sus extremos, dándole vueltas por su eje. Parecía un director de orquesta codicioso, satisfecho de una gran obertura, que miraba a su primer violín, que era Hans, pidiéndole que saludara cariñosamente al público, que en éxtasis le ovacionaba en pie.

–Responderé a las notas que me ha dejado Souck sobre la mesa y me pondré al trabajo.

–Vete, vete, pero no hemos terminado, muchacho, hoy lo celebraremos juntos los tres –señaló en dirección a Souck, aunque éste estaba fuera del despacho– vamos a festejarlo como se merece y finalmente te daré la última gran noticia...

–¡Me estás poniendo nervioso, Dam! Cuando se lo cuente a Blanch y a los chicos, no se lo van a creer.

–Te lo mereces, y sobre todo esa preciosidad de mujer que tienes. –sonrió como si un padre amoroso hablara de su única hija.

Dam fue padrino de boda de Hans y Blanch. Dam conoció cada momento de su vida, cada nacimiento de sus hijos. Dam en casa era el tío Dam. Ayudó en las primeras mudanzas e incluso cuando todavía vivía su mujer, se quedaron con algunos de sus bebés para que ellos fuesen a descansar y a esquivar. Solo le recriminaba de vez en cuando esa manía que tenían de tener hijos sin ningún cuidado: “Hans, muchacho, yo no tuve hijos, pero estás empeñado en tenerlos por los dos”. Entonces

tenían ya cinco hijos. Ahora, ya eran siete, un verdadero circo familiar para muchos de sus amigos y vecinos, pero como alguno llegó a confesar: “Sois admirables, pero totalmente inimitables”. Otros, incluso le recriminaban y decían que aquel comportamiento era de turco, de “esos” que solo sabían trabajar en las fábricas y convertir a sus mujeres en conejas: cada año un hijo. Hans sonreía y les contestaban que de esa forma ya había más de diez millones de turcos, ¡y creciendo! Los amigos no respondían, adquirían una actitud preocupante y cambiaban de tema.

Al salir al *pool* de trabajo, sobre su mesa ya había más anotaciones pegadas sobre el teclado, el monitor, la lámpara... Souck seguía al teléfono. Volvían a repetir el nombre de Hans y “Gracias, muchas gracias, se lo diré”. Souck miró a Hans y le hizo señas indicándole que no paraba, que era una llamada tras otra. Por fin colgó y se acercó hasta Hans, sonriente y agradecido:

—Caramba Hans, ha sido un terremoto ese artículo de “*El tubo de ensayo español*”, otro como ese y te darán un premio la Asociación de Prensa, ¡como a Dam!

—No te preocupes, estas cosas no son a diario, en todo el tiempo que llevamos aquí es la primera vez que sucede, al menos como esta vez.

Souck le estrechó la mano y le felicitó con un guiño. Hans sonrió y revisó las notas que envolvían todo su escritorio. Recogía una, la leía y sonreía; luego otra, y volvía a sonreír, así hasta las veintitantas que había sobre la mesa. Al mover el ratón se encendió el monitor y descubrió la cifra de correos electrónicos que esperaban respuesta, más de setecientos. “¡Buf, —pensó—, creo que no podré responder tantos!”. Redactó un mensaje de agradecimiento general y se limitó a cortar y pegar, excepto con los que tenía una relación más estrecha que los personalizaba un poco.

El teléfono volvió a sonar. Souck hizo ademán de que lo respondiera directamente él y así lo hizo. Al otro lado del cable estaba una voz que hablaba español. Hans era el único en la agencia que se entendía en español, por eso, generalmente atendía las gestiones con España e

Hispanoamérica. Tenía buenos contactos en aquellos países y le llegaba información constantes desde allí.

Como Hans se encargaba de las secciones de sociedad, cultura y religión, habitualmente no tenía la responsabilidad de estar siempre de aquí para allá, como Souck, que era responsable de política y finanzas. Por otra parte, Dam se encargaba de cerrar acuerdos con clientes y daba la orientación general de comunicación de la Agencia, pero los responsables de escribir y gestionar las noticias eran Hans y Souck.

– Hola José... ¡sí, gracias...! Ya... No, no te preocupes por eso... Bueno de momento nadie me ha amenazado con nada... Bien, tendré cuidado... Sí se lo diré de tu parte... Gracias José, gracias.

Colgó el teléfono y explicó a Souck que se trataba de un líder social español, que le felicitaba por su trabajo. Souck puso un gesto raro que no agradó a Hans, pero no le dio mayor importancia y comenzó a responder sus mail, corta-pega, corta-pega...

Souck llegó a la Agencia hacía cuatro años. Era sueco y tenía dos cualidades imprescindibles para el negocio: idiomas, sabía polaco y ruso, además de alemán y sueco; y era un experto en economía internacional, lo que le llevó en poco tiempo a convertirse en un ratón de la política. Le gustaba moverse entre esa jungla del poder, y sabía cómo hacerlo para encontrar noticias y ese tipo de sorpresas por las que los medios de comunicación estaban dispuestos a pagar buenas exclusivas. Souck era más joven que Hans y su ambición era patente. Deseaba ser querido por unos y temido por otros.

Souck trabajaba en la Agencia y lo hacía bien. Tenía un buen método y no escatimaba su tiempo. Nunca pidió un aumento de sueldo y cuando se le concedía, tampoco daba las gracias, entendía que si Dam lo hacía, es que se lo merecía, porque hacía su trabajo en condiciones de calidad y tiempo. Un razonamiento frío y estanco, procedente de aquellos lugares donde los días duran a veces más de 18 horas y te obligan a dormir con las persianas cerradas. Souck tenía una vida privada hermética, ni Dam ni Hans sabían nada de sus aficiones o a qué dedicaba su tiempo libre fuera de la Agencia. Por tener, no tenían ni el teléfono de casa. Pero daba igual, porque siempre hacían uso del móvil. Pero cuando en

alguna ocasión tuvieron la necesidad de llamarle en fin de semana o en vacaciones, nunca lo cogía, por lo menos no a la primera. Si acaso, pasadas unas horas devolvía la llamada, como dando a entender que “Mi tiempo libre es eso, libre, y hago con él lo que quiero, por eso no cojo llamadas”. Pero fuera de estos pequeños detalles distantes que provocaban una relación poco porosa entre los tres, Souck trabajaba bien y se adaptaba al equipo con buena disposición.

Todos los que llegaron después de Hans, y trabajaron de forma temporal o continua, debían de abrazar con fuerza, sobre todo en obras, la filosofía de la Agencia que Dam supo mantener desde el principio, aquello que ya explicara cuando tomó aquel café con Hans en la universidad: “Buscar la verdad, decir la verdad... Aunque eso no guste a muchos, si lo hacemos bien, se nos reconocerá mundialmente y nos buscarán, vendrán clientes de todo el mundo, solos, sin tener que movernos de esta mesa”, dijo mientras clavaba su dedo índice en el tablero de una vieja mesa de despacho que Dam todavía guardaba en la sala de reuniones en memoria de los primeros tiempos, de la lucha sin dinero y sin fama, pero desbordada de juventud y audacia.

Al final de la mañana, descorcharon una botella de champán. Lo hizo Dam ruidosamente, como tratando de sintonizar con el ambiente eufórico del día. Sirvió en tres copas el espumoso y desbordaron las copas como forzando un símil de la situación rebosante de ánimo en que la Agencia vivía en las últimas horas. Brindaron e hicieron chocar las copas, y Dam casi gritó: “Por Hans, que ya es un gran periodista”, y Souck sonrió a Hans felicitándole de nuevo. Bebieron de un trago y Dam pidió silencio y atención como si estuviesen rodeados de un millar de personas chinchineando con ellos. Y anunció la gran noticia que tenía reservada para ese día:

–Hans, muchacho, –miró alrededor de sí mismo, dirigiéndose al público imaginario–, el país del sol naciente nos ha llamado para que llevemos la cuenta del Doctor Takashi Nagai...

–¡Vaya, el protagonista de “Requiem por Nagasaki”! Una historia impresionante, aunque no la haya seguido muy de cerca. –Remató la copa y carraspeando un poco, producido seguramente por el picor de las bur-

bujas en la garganta, preguntó –. ¿Y cómo es que mi artículo les ha convencido para trabajar con nosotros? El tema no tiene ninguna conexión...

–Pues mira, no hay mal que por bien no venga, al menos para nosotros... –Rió Dam un poco entrecortado–. El terremoto del pasado mes de abril ha reabierto el caso de las centrales nucleares. Ya sabes... Nagai fue un médico japonés y uno de los primeros estudiosos en su país sobre radiología y es motivo de culto para unos y admiración para otros. Pero su fama se extendió precisamente con motivo de los bombardeos nucleares que Estados Unidos produjo en Nagasaki: Nagai quedó afectado de tal manera que los perjuicios provocados le llevaron a la muerte a los dos años de todo aquello. Bueno, pues todo esto, les ha animado a *exportar*, si se puede decir así, el caso de doctor Nagai para dar a conocer en Occidente, especialmente a Europa, la labor que Nagai realizó y que desde su muerte se realiza. Están empeñados en hacer creer al mundo entero que en Japón no solo se hacen *chips* y se come *shushi*. –Hans y Souck se dejaron llevar por la reconocida elocuencia de Dam. Rieron y Dam continuó.– Y aquí llegas tú: el artículo ha dado la vuelta al mundo y les ha gustado tu manera de enfocar los problemas... ¡Y te quieren en persona, sin intermediarios!

–Humm... ¡Bien, me alegro mucho! –sonrió Hans.

–Pero bueno, ¿ganará algo de dinero la Agencia alguna vez? –Souck trató de mantenerse al margen durante toda la celebración, pero no pudo evitar una mueca de ironía y aquel comentario fuera de lugar.

–Souck –dijo Dam secamente–, ¿cobras puntualmente tu sueldo, verdad? –Souck asintió duramente–. Pues no te preocupes por el resto.– Souck bajó la cabeza esquivando la mirada de Hans, que se sintió protegido por su socio, jefe, amigo y mentor. Luego Dam, dando por cerrado este breve episodio, se dirigió a Hans–. Toma nota de lo que tienes que hacer.

Hans tomó su libreta y anotó los detalles de la operación.

–En dos días sales en avión para Japón. El billete del viaje te lo habrán traído esta mañana. Llévate la grabadora y el portátil para estar en contacto por *mail*. Allí debes encontrarte con un franciscano: father Sishiro Yanui. Habla inglés y podrás entenderte bien con él. Y... espero

que Blanch no se moleste, porque en esta ocasión solo hay billete para uno. ¡Esta vez tu mujercita tendrá que quedarse en tierra...!

—No le suele gustar que viaje solo, pero la ocasión merece la pena y lo celebraremos a nuestro modo.

—Muchacho, a juzgar por los hijos que tienes, has debido de celebrar muchas cosas de las que no me he enterado.

Rieron guasonamente los dos, mientras Souck, situado a más de un millón de kilómetros de distancia, lo hacía con una sonrisa estática.

Antes de irse a casa, Hans terminó de responder los correos que le llegaron de felicitación. Después recogió sus papeles y el ordenador. Souck y Dam ya se habían ido. Por la puerta apareció un becario que realizaba trabajos sencillos: ordenar carpetas, hacer fotocopias, reorganizar la sala de reuniones... Hans saludó con la mirada y el chico le correspondió mientras le hacía entrega de un sobre con su billete a Japón. Hans se lo agradeció y sin más se dedicó a recoger todos los *pósit* que pegaba sobre hojas blancas y que ponía en bolsas archivadoras transparentes.

—¿Quiere que le ayude, señor Looper? —El asistente se ofreció con la amabilidad intangible que predispone hacia la indulgencia.

—Sí, por favor, organíceme estos *pósit* en papel blanco y los mete en bolsas de archivo.

—Si le parece los meteré en una carpeta para que su familia puedan leerlo mejor. —Hans asintió agradecido.

Trabajaban en silencio. A Hans, ese trabajo de recolección de éxitos, le descubrió ciertas reminiscencias tribales al estilo siglo XXI. Hoy la caza, las orgullosas presas del macho de la tribu, son los éxitos profesionales. Ya no hay ciervos, ni conejos, ahora son el dinero, la fama y el poder, por ese orden.

El trabajo se alargaba. No era tan fácil como pensó. A Hans le hubiese gustado llevar bajo su brazo el triunfo profesional y una sonrisa plena de satisfacción.

–Disculpe –Hans quiso ser cercano–, ¿podrá tenerlo listo antes de irme?

–Lo intentaré, señor Looper, pero es mucho, ya veremos... –Lo dijo como si quisiera lisonjearle. Tendió la mano y añadió–: ¡Ah, por cierto, le felicito por su último trabajo!

–Sí, parece que he tenido éxito. –Hans estrechó su mano agradecido.

Al final de la tarde, el ordenanza no pudo terminar el trabajo. Se disculpó y quedaron que para su vuelta de Japón lo tendría listo. Se despidieron al fin y Hans se dirigió al coche, sin su presa bajo el brazo y pensando en la llegada a casa. Seguramente los mayores no estarían y a esas horas estaría Blanch a punto de llegar a casa de la vuelta del colegio con las pequeñas.

El tráfico se iba haciendo denso. La hora punta de la salida en las oficinas tocaban diana. Aquella tarde del final de septiembre todavía arrastraba los efectos del verano, hacía calor y humedad, pero a Hans le reconfortaba todo aquello. Un día inesperado que la vida le había regalado y que estaba ansioso por compartirlo en casa. El tráfico era lento hasta la salida de la ciudad, ya en carretera de camino a casa. “De camino a casa” era una frase repetida por él en muchas ocasiones. Volver a casa en situaciones extremas, para él, era el verdadero deses-tresante: la casa limpia y ordenada; los pequeños de la casa que todavía mantenían la alegría de verle; los libros que leía; la música pacífica; la conversación suave de Blanch poniéndole al día de todo aquello que había sucedido, aunque no siempre eran cosas importantes.

Esperando en un semáforo rojo, le vino súbitamente la imagen de la cara de Souck. No comprendía aquella respuesta lacerante de Souck. Le veía en su imaginación fijamente. Su pelo ondulado y rubio sobre su frente. Las gafas de filo dorado y redondas. Sus ojos verdosos y cor-tantes. Le parecía que todo en Souck había cambiado y repentinamente nada le daba tranquilidad. Era cierto que Souck no había simpatizado nunca con sus creencias, pero tampoco hubo enfrentamientos. Su prac-ticidad profesional, estaba carente de una conciencia que le posicionara en el bien o en el mal. Sencillamente, hacía lo que había que hacer,

porque había que hacerlo. Una filosofía que el mundo estandarizaba en el ámbito profesional, social y familiar.

El comportamiento de Hans y su estilo de vida, le indicaba que hoy era difícil combatir en la democracia desde verdades morales. Su trabajo profesional y su condición de creyente le predisponían hacia una lucha inconsciente contra los últimos cambios que se estaban produciendo. Realmente su convicción, no era más que la defensa de sus propios hijos, incluso más que la de su propia fe. Tratar de alejar lo que él consideraba malo para ellos, y no les afectara definitivamente. Pero todo había evolucionado a pesar de sus esfuerzos. Algo dentro de él, quizá una especie de intuición animal, le decía que debía luchar contra el triunfo del aborto, la igualdad por encima de la libertad, la eutanasia y las uniones de homosexuales. Y aunque era algo aparentemente imposible, tenía que rebelarse. Pero también tenía la inquietante certeza de que cualquier movimiento fuera de lo políticamente correcto, le posicionaría en un fascista intolerante.

—¡Son tiempos difíciles para ser totalitario! —pensó Hans mientras esperaba el verde del semáforo.

Era verdad. Hoy en día, los dictadores son pequeños monstruos en vitrinas de cristal en el museo de la historia que las grandes democracias mundiales contemplan como un referente al que no hay que tender. Pero paradójicamente, a los pocos dictadores que todavía quedan, los mantienen con multimillonarias transacciones. La democracia, afortunadamente, ha ganado cualquier impulso de imposición. Sin embargo, desde debajo de la tierra han surgido otras formas de seducir al ser humano y manejarle a gusto y evitar enfrentamientos: el relativismo, o dicho de otra forma, el vaciado moral de los actos de las personas; ya no hay ni bien ni mal, todo depende de qué o quién; la verdad se decide por votación, el error se vuelve verdad y la justicia se desbarata por una imposición legislativa.

Hans metió primera y salió del semáforo, quizá un poco eufórico. Esos pensamientos que surgían como una especie de volcán enfurecido, le disponían para mal con las personas. Era la impotencia de ver que algo no está bien y no poder solucionarlo. Un coche que le precedía,

conducía demasiado despacio y le tocó la bocina para que se apartara de su paso. La violencia que provocó la imagen y el recuerdo de Souck, le llevó a querer quitárselo de delante y descargó su furia con ese otro coche. Entonces adelantó agresivamente con su BMW a una pobre mujer que apenas llegaba a los pedales.

El camino se le hizo más largo de lo habitual. Quizá la prisa por llegar y contar a Blanch el éxito de su vida, estiraba interminablemente la carretera situando el destino final cada vez más lejos de lo esperado. Se ofuscaba con imaginaciones absurdas. La cabeza le volvió un poco loco. Una y otra vez le venía la imagen de Souck, que le miraba con unos ojos llenos de desprecio y a Dam que le observaba desde más atrás, en la sombra, como oculto por el cuerpo espigado de Souck. Luego, al mirar por el retrovisor veía a Blanch sonriendo, brillándole los ojos de felicidad, y entonces tenía la sana sensación de protección, de tener la seguridad de qué hacía y cómo lo hacía. La aprobación de su vida por su mujer le aprovisionaba de una ingente cantidad de esperanza que le recolocaba en la línea recta del buen camino, o eso pensaba él. Entonces sonrió a la imagen de Souck, sin miedo.

Llegó a la entrada de su casa, un magnífico chalet, con las dimensiones ajustadas a su gran familia. La entrada, enlosada de granito para que el coche deslizara sobre él sus doscientos cincuenta caballos de potencia, con la lentitud que te adjudica tener ese poder. Un breve sendero hasta casa, orillado por un jugoso césped humedecido por el relente de la tarde y el desacostumbrado calor de esos días de septiembre. Tocó el claxon. No lo hacía habitualmente. Varias ventanas recorrieron las cortinas y tras ellas diversas cabezas que buscaban extrañados quién pudiera ser.

—¡Es papá! —gritó eufórica la pequeña Blanchi.

Hans bajo del automóvil. Blanchi y Mariles, las dos pequeñas de casa, salieron a recibirle alborotadas. Habían terminado los deberes del cole y jugaban a disfrazarse. Mariles era estupenda y el comodín perfecto para Blanchi. Con trece años demostraba tener una vocación emergente de diseñadora de modas y se encargaba de vestir a su hermana, de pintarla y de figurarla en los juegos más divertidos. Hans las cogió a pulso y las besó. Lo celebraron los tres con risas y gritos. Blanch

salió a ver en qué consistía aquella improvisada juega. Hans la miró sonriente, se le llenó la boca de blanco y la mirada de luz. Sin cruzar palabra descolgó a las niñas. Con los brazos en jarras, frente por frente de Blanch, esperaba que su mujer le devolviese la mirada con alegría. Pero no. Blanch le dirigió una mirada con incertidumbre. Intuía que era algo bueno por el estado de ánimo de Hans, si embargo no era capaz de ver qué era eso que le ponía tan contento.

–¡Cariño, tu marido se ha hecho famoso y le reclaman del lejano oriente! –Hans trataba de que Blanch adivinara aquel mensaje en clave, pero ella seguía sin salir de dudas. Todo lo contrario, ahora eran preguntas raras y extrañas las que se agolpaban en su cabeza–. Un cliente de Japón quiere contar con los servicios de la Agencia, y todo gracias a mi labor periodística. –Por fin Blanch le miró satisfecha y Hans le tomó para besarla y le dijo al oído:

–Esta noche nos vamos a cenar a nuestro sitio de siempre, hace tiempo que no vamos... –Blanch le devolvió el beso en la mejilla y la pequeña Blanchi rió– ¡Te quiero muy guapa! Tengo más cosas que contarte.

–Hmmm... ¡esto se pone cada vez más interesante! –Blanch se des-
embarazó de Hans y gritó al piso de arriba– ¡Anna, baña a Blanchi!
¡Simone, pon la mesa para que cenéis, papá y yo salimos!

–¿A cenar entre semana? –se quejó Simone–. Pues yo estoy estudiando, que lo haga otro.

–Simone, lo haces tú, que tienes años para hacerlo, y luego sigues estudiando.

Volvió a protestar la mayor, pero Blanch ya no le contestó. Hans estaba refrescándose con una cerveza de ese día lleno de emociones. En casi una hora, estaban listos para salir. Todo en orden y una última recomendación de Blanch:

–Anne, Simone, –dijo en alta voz desde la parte baja de la escalera–, que Blanchi se acueste ya, mañana hay colegio y luego cuesta levantarla. Ah, otra cosa: a las diez y media en la cama, no os enganchéis con el ordenador.

–¡Adiós, mamá...! –suspiraron las chicas a coro una despedida deseada.

El asfalto corría ligero bajo los neumáticos del coche. Se dieron una noche libre. Una noche en la que se propusieron ir a cenar a Soft Burger, un pequeño antro de cuando fueron novios, donde ellos y otros como ellos, gastaban las noches del fin de semana. En el interior del automóvil les envolvía la música de *Crowded House* y en ese momento sonaba *Don't dream it's over*. Ese grupo fascinaba desde siempre a Hans. Una melodía suave con un ritmo que llenaba el corazón.

Blanch estaba estupenda. Un suave perfume le aportaba elegancia. Además, según pensaba Hans, esa noche estaba especialmente guapa. No sabía bien qué la convertía en una encantadora compañía que le retornaba a hace años, cuando ambos eran más jóvenes. Podía ser aquel toque de moreno que aun lucía en su rostro y doraba su escote, todavía bien conservado, y hacía que Hans sintiese cierta euforia, que cualquier otro por su edad ya consideraría ridícula.

Lo cierto es que los cincuenta y un años de Hans y los cuarenta y nueve de Blanch, todavía les suponían aún capacidad más que suficiente para exigir a la vida algo más. Eran conscientes de ser suficientemente jóvenes para no sentirse mayores, pero suficientemente viejos como para no actuar como jóvenes, y eso les frenaba en algunas acometidas impulsivas, pero pensar en ellas les hacía sentirse bien.

Blanch miraba satisfecha la oscuridad de la noche que les acompañaba. Se sentía segura con el respaldo que Hans la ofrecía. Una situación económica desahogada, una paz espiritual acomodada y los siete hijos. Se dirigían a Munich. Ellos vivían en Aschheim, una pequeña población a no más de cincuenta kilómetros de la capital. De pronto Blanch, de forma súbita, como si se tratara de una necesidad imperiosa, bajó el parasol de su lado y encendió la luz de su espejo de cortesía. Un retoque casi profesional terminó de perfilar el carmín. Luego todo retorno a su punto de partida, y mientras la música suave del coche llenaba los huecos de su interior, ella volvía a mirar ensoñada y sonriente a la oscuridad del exterior sin esperar nada de ella.

Hans tamborileaba sobre el volante el ritmo de *Into temptation*, la vida era ajena a él mismo. Sostenido en la seguridad que aportaba la re-

gularidad de las líneas discontinuas de la carretera, percibía un infinito abstracto.

–Si volviera a nacer, me casaría con un millonario...

Blanch lo dijo como si fuese la conclusión de una reflexión rebuscada en su interior y provocada por el deseo de algo inalcanzable. A Hans no le pasó por alto el comentario.

–Sí claro, yo también pude haber hecho buenos casorios. –No retiró la mirada del fondo luminiscente de la carretera–. Por ejemplo Marta, Angels o... Rut, la hija de las galletas *Grunth and Crunth*. ¡Eso sí hubiese sido un buen golpe!

Sonrió satisfecho y luego miró a Blanch esperando un gesto suyo de satisfacción, porque finalmente fue ella quien se llevó el trofeo, al mismísimo Hans, ¡el chico de la pandilla!

–Habría que verlas ahora, me gustaría saber cómo van sus tallas y sus vidas.

–Sí cariño, lo sé, soy un hombre afortunado –la cogió de la mano y la apretó cómplicemente– ¿Sabes una cosa...? Te quiero...

Blanch sonrió. Volvió a mirar hacia el lado de su ventana. Hans encontró el reflejo de Blanch en el cristal y reconoció aquel gesto duro que en ocasiones mostraba su mujer. La mayoría de las veces de forma inconsciente, pero que acostumbraba a ser un acto reflejo de su interior, de su incomodidad con el mundo o con ella misma, pero siempre justificado de una forma u otra.

–A propósito –preguntó Blanch sin volverse–, ¿qué fue de Marta?

–Creo que terminó como madre soltera... ¡gemelos!

–Ah, ya... ¿Y de Angels? –seguía sin mirarle.

–Pues no sé, creo que está casada, vive en Frankfurt...

–Humm... Rut, creo que lleva la fábrica de su padre y dicen que no está casada –dijo Blanch, pero esta vez sí le miró–. ¡Lo que no me extraña nada!

Hans no le dio la réplica. La música seguía suave. Ahora sonaba *Not the girl you think you are*, del mismo grupo, y el silencio se instaló entre los dos.

Callejaban por Munich, cerca del restaurante. Encontraron sitio casi en la puerta del restaurante, que estaba lleno de otras parejas y pequeños grupos de personas esperando a que les diesen mesa. Al entrar, el ambiente *country* les envolvió, la misma música de antaño y el olor a aquella comida yanqui... “¡Qué recuerdos!” Hans había reservado mesa, a las 20,30 de la noche. Eran las 20,15 y la situación exigía tomar posiciones. Consiguió llegar hasta uno de los camareros y preguntó por su reserva.

– Lo siento señor, pregunte por Ramón, es el encargado.

– ¿Quién es Ramón?

– Ese alto, el de las gafas... –señaló con la mirada a un joven de aspecto latino, mientras servía una cerveza.

Se trataba de un hispano de armas tomar que controlaba férreamente la libreta de turnos y reservas, y Hans preguntó por la suya.

– Señor, tiene que esperar. Yo le avisaré a partir de las 20,45...

Hans se dio cuenta de su alemán afectado por un suave español. Trató de simpatizar con él y le respondió en español.

–¿Las las 20,45...? Nuestra mesa era a las 20,30, y ya son las 20,18... –dijo amistosamente. No quería que esa noche especial se tornara oscura. El camarero se sorprendió y le contestó con el rostro iluminado al oír hablar en su idioma.

–Sí, lo siento señor, pero tiene que esperar. –Ramón se acercó un poco a Hans y le susurró como si le confiara un pequeño secreto– Puede anular su mesa y buscar en otro restaurante, pero yo no lo haría... –Sonrió amigablemente–. Le llamaré en seguida. ¡Tomen una cerveza mientras tanto!

Era evidente que aquel *burger* seguía manteniendo el ambiente que conocieron algo más allá de veinticinco años atrás. El aspecto de los

jóvenes evidenciaba el salto generacional que les distanciaba de todos los demás.

Blanch miraba con cierto mohín de asco hacia algunas de las chicas que estaban por allí y Hans lo hacía divertido por la actitud de ellos. Sus maneras un poco afectadas y devorados por todas ellas.

–Mira Hans, mira las plantas de los pies de aquella –Una chica algo gruesa cuyo calzado eran unas sandalias que dejaban a la vista las sucias plantas de los pies cada vez que daba un paso– ¡Y con esos pies se meterá tan tranquila en la cama...!

–No te preocupes –respondió Hans tapándose discretamente con su pinta de cerveza–, si lo hace con el que está abrazado, tampoco él lo notará. –Los dos rieron quedamente.

No terminaron la cerveza cuando Ramón les llamó para que pasaran a su mesa. La misma en la que ya estuvieron hace años soñando con un futuro que posiblemente no se parecería en nada a aquel presente, pero les hacía felices, lo mismo que ahora cuando les gustaba regodearse en su pasado, ya dominado, porque el pasado es eso, pasado, y nada se puede hacer con él. Mientras tomaban asiento, una chica rubia y alta, de aspecto poco servil, les dejó la carta de costumbre sobre el trozo de mantel que les correspondía a cada uno.

–¿Les traigo otra cerveza? –ofreció la camarera.

Negaron con la cabeza, mientras que ninguno retiró la mirada de la carta. La camarera se iba a marchar cuando Hans la retuvo...

–Por favor, no se vaya, ya sabemos qué pedir. –La chica se puso en disposición de tomar nota–. Para la señora una hamburguesa pequeña, con salsa barbacoa y patata asada. Yo unas costillas con salsa y patatas fritas, y al centro, unos chilis con carne de la casa. ¡Gracias!

La joven retiró con eficacia las cartas de menú y se dirigió a la cocina a realizar el pedido. Hans miró a Blanch y ella descubrió por su mirada excitada que tenía una buena noticia que dar. Hans dibujó lentamente en el mantel de papel unos garabatos. Trataba de buscar una introducción acorde al momento. Palabras que dijeran lo que tenían que decir pero

que no diesen la sensación de que su éxito le había convertido en un hombre importante y que todo el mundo tuviese que abrir la boca en forma de O mientras dicen “Mira, es él, Hans Looper”. Blanch se cansó de aguantar la mirada en el indefinido de Hans y buscó distracción en las mesas cercanas. Por fin Hans dijo en bajo, susurrando:

–Tienes un marido famoso, ¡pero no se lo digas a nadie...!

–¡Eres un tonto!

–¿Por qué...? Es verdad, lo que sucede es que nadie lo sabe todavía.

–Eres un tonto, porque el único que no lo sabías eras tú. –Los ojos de Blanch chispearon con picardía y sonrió maliciosamente–. Eres el alemán con más fans en su propia casa de toda Europa y tú todavía no te has enterado. –Blanch sacudió sus breves pestañas de forma coqueta, pero lo dijo con un poquito de emoción en el brillo de los ojos.

–¡Vaya, esta es mi mujer...! Ella lo sabía y no me había dicho nada. Razón tiene ese dicho de marido engañado, último enterado.

–No te preocupes, ese sería un secreto a voces, ya te habrías dado cuenta.

Rieron los dos. Sentían un burbujeo interno que les predisponía a lo mejor de cada uno. Hans dio un trago largo a su pinta. La dejó reposar sobre la mesa y se reincorporó sobre su silla.

–Blanch, el domingo salgo para Japón. –Blanch dejó congelada la sonrisa hasta estar bien segura de que lo que estaba diciendo era totalmente cierto. Rastreó con la mirada la expresión de Hans para descubrir dónde estaba el engaño–. No cariño, es verdad, gracias a mi artículo que ha dado la vuelta al mundo, nos han contratado en Japón para que traslademos el proceso del doctor Nagai a occidente. Por lo visto están cansados de que Europa siga pensando que en Japón solo se come arroz y las mujeres van vestidas de geishas por la calle.

–¿Por qué tienes que ir tú? –a Blanch no le agradó la noticia, aun reconociendo lo positivo de esta. Cada vez que Hans salía de viaje por más de un día, a ella se le cambiaba el carácter. ¡Y ahora hasta Japón!–. ¿Por qué no va Souck? No tiene obligaciones familiares. –Paró un mo-

mento y al segundo remontó de nuevo.— ¡Tiene gracia, precisamente el único que tiene hijos y mujer es quien se va al otro lado del mundo!

—¡Venga Blanch, tranquila, las cosas no han sido pensadas así para hacerte daño!

Blanch cruzó los brazos sobre el mantel y agitaba nerviosamente la cabeza intentando descargar su impaciencia de alguna forma.

—Mira, el cliente es de mi departamento. Quiere hablar conmigo, intercambiar opiniones, darme toda la información para que la distribuya adecuadamente. Ya sabes, es un trabajo internacional, hay que cruzar muchos datos y no valen intermediarios, ni por su parte ni por la mía.

—¡Me voy contigo!

—No hay pasaje para dos.

Blanch gruñó dolorida por la respuesta.

—Disculpen, ¿los chiles al centro con dos cucharas? —Hans asintió.— La hamburguesa para la señora y las costillas para usted...

—Gracias.

Hans pasó una cuchara a Blanch y la guiñó un ojo mientras la sonreía diciéndola “No seas tonta”. Ella sonrió forzada, cogió la cuchara y la hundió en el tazón de chiles. Echaban humo y olían como siempre: estupendos. Hans, al tentarlos un poco, dijo la obviedad de que quemaban, pero aún así se metió una buena cucharada en la boca y se quejó agitando la mano en el aire.

—¡Lo ves, eres tonto! —dijo Blanch riendo.

Hans tragó a duras penas. Los ojos se tiñeron de rojo.

—Ya, soy tonto, pero te has reído. —Hans la miró sugerente y añadió—: ¡Queman y pican como siempre!

La comida corrió con chascarrillos y comentarios sobre sus vidas, del calor que hacía por culpa de los chiles y de cómo habían cambiado las modas y las formas de vivir la vida. Blanch había superado su caída en vacío de la noticia de Japón, y aunque ella nunca había sido especialmente expresiva en relación al amor, Hans reconocía en su compañía que era feliz, que estaba contenta.

Trajeron el café y un silencio ritual se ocupó de revolver lentamente el azúcar en cada taza.

–No me gusta nada cómo van las cosas con Anton. –dijo Blanch haciendo un alto en las bromas. Su rostro mostró preocupación–. Este chico está demasiado ocupado por lo suyo.

–Sí, sé qué quieres decir... –Agitó con parsimonia su café.

–Hans, Anton se mira demasiado en el espejo de su propia vida. Solo vive para su coche, su deporte, su novia,... ¿Sabías que desde hace unas semanas también se depila?

–Sí, me di cuenta un día jugando al pádel con él. Me fijé en las piernas, pero no te dije nada para no darle más vueltas al asunto, pero...

–¿Las piernas...? ¡Já: las piernas, el pecho y los brazos, Hans! Se depila más que yo y sus hermanas juntas.

La música country comenzó a ser pesada y el calor asfixiante. Sin duda el chile hacía estragos. Hans indicó que trajesen la cuenta. Ramón le contestó con una señal cómplice y al poco rato trajo la factura y preguntó en español:

–¿Todo bien señor?

– Muy bien Ramón. –Hans contestó atendiendo al concepto de la factura. Dio su visto bueno y mientras sacaba su cartera, le preguntó–: Ramón, ¿cuántos años tienes?

–Veintisiete señor –contestó satisfecho con una sonrisa que dejó ver el blanco impecable de sus dientes.

–¿Sabes...? Antes de que tú nacieras, esta señora, que hoy es mi mujer, y yo, ya tomábamos hamburguesas en este mismo sitio.

Ramón asintió con gusto. Blanch miró intrigada la conversación. No sabía español suficiente como para seguir una conversación casual. Hans firmó el recibo de la tarjeta de crédito con cierta grandilocuencia. Dejó sobre el platillo cinco euros de propina.

Al entrar en el coche el CD volvió a hacer sonar a *Crowded House*, esta vez *Distant sun*, otra de sus acogedoras canciones que hizo que Hans subiera el volumen y Blanch se encogiera desaprobándolo. Hans

sonrió y meneó la cabeza un poco hacia los lados. El coche sonó por una calle ausente de gente. Le gustaba conducir despacio, como asentando cada metro que avanzaba. Su coche era un peso pesado y la seguridad de su sonido le hacía importante, aunque nadie le estuviese observando. El semáforo se puso en rojo. Subconscientemente, al tiempo que paraba el coche, bajó la música y volvió a enfilar el tema de su hijo Anton:

–Blanch, todos los chicos de estas edades están igual. Son incapaces de mirar más allá de su bienestar. Saben que no todos viven como deberían, pero se encogen de hombros y dicen que no tienen la culpa, y se quedan tan tranquilos.

–Ya, y qué hacemos con sus depilaciones...

–Eso, si no va a más, es lo de menos. Es la consecuencia de lo que tiene en la cabeza. Creo que... –hizo una pausa sostenida. El semáforo se puso en verde, prosiguió hablando y el automóvil también se puso en marcha–, creo que debiéramos hacerles ver otras vidas, otras personas que no son necesariamente las que viven en la India o en África, sino otras personas que viven cerca de nosotros. Personas que no puedan devolverle el favor, por ejemplo, ancianos o enfermos, que vaya y los ayude.

–¡Ya...! –Blanch lo dijo sin convicción, lo veía como algo imposible.

–Blanch, si al menos no se lo decimos, no nos queda nada más que mirar, y me cuesta mucho ver cómo un hijo mío se va calle abajo simplemente con el argumento de que es libre..., él sabrá qué hace..., ya tiene veintidós años...

A Blanch no le gustaban los planes a corto plazo. Ella prefería mirar de lejos y, llegado el caso, cortar por lo sano. Hans no la culpaba. En el fondo todos somos víctima de nuestro ADN, para lo bueno y para malo. Blanch miraba por la ventanilla cómo transcurrían las calles a su paso. La luz azulada del salpicadero del coche le daba cierto aire furtivo. Quizá sus pensamientos también lo eran. Hans subió de nuevo la música y siguieron así unos minutos atravesando Berlín. Berlín de noche es una ciudad perdida. No hay gente paseando. Algún coche por aquí o por allí, pero las almas están en casa, no es una ciudad abierta como las medite-

rráneas. Cuando se introdujeron en la autopista ya de vuelta, se hizo la oscuridad absoluta en el exterior. Entonces el reflejo azulado del rostro de Blanch se dibujó en el cristal otra vez. Hans la miró con deseo, pero no le dijo nada, sin embargo añadió:

–Anton es un muchacho más en la calle –Hans bajó el volumen–, se diferencia del resto de sus amigos que ha recibido un ambiente de familia cristiano, y eso, tarde o temprano, se convertirá en el motor que le mueva.

–¡Pero Hans, si hay domingos que no va a misa!

–Lo sé, pero no podemos obligarle. Sus amigos y compañeros de trabajo, no le ayudan mucho. Y la novia, tampoco.

–No me habías dicho que no te gustaba.–Blanch lo dijo como si fuese una sorpresa, pero lo que ella quería era corroborar sus propios gustos.

–Mira cariño, a mí las novias de nuestros hijos ni me gustan ni me dejan de gustar. Me da igual que sea una modelo o la primera de su promoción en la carrera, o las dos cosas a la vez. A mí lo que no me gusta de las novias de mis hijos es que no les ayuden a ser mejores personas, a que su crecimiento sea completo, en todas sus dimensiones. El resto, en cierta forma, me da igual. No soy yo quien vaya a vivir con ellas.

Blanch se reafirmaba con este tipo de declaraciones. Eran los argumentos que no sabía decir a sus hijos o a las amigas, aunque los llevara implícitos. El trabajo de Hans le había enseñado a estructurar sus mensajes, sabía cómo decir lo que llevaba en la cabeza. Blanch acarició la mano de Hans, que se apoyaba en la bola de la palanca de cambio, entonces volvió a subir la música, que ahora interpretaba *Better be home soon*. Y siguieron hasta Aschheim sin hablar más.

Al llegar, un silencio empecinado guardaba la casa. Todos dormían y Hans notó el calor añorado de la madriguera. Se acostaron y se abrazaron. No había nada planificado. Surgió tan espontáneo como el agua de un manantial. Se dieron el uno al otro, como un deber deseado lejos de toda previsión. Luego durmieron satisfechos y Hans la abrazó.